

las reformas tanto en España como en sus colonias americanas. Las poderosas fuerzas conservadoras y una burocracia acasillada hicieron todo lo que estuvo en sus manos por evitar el cambio verdadero; y los mismos reformistas no llegaron a promover sus políticas hasta su conclusión lógica. En consecuencia, la España metropolitana quedó como una sociedad intacta en su mayor parte ante las reformas, mientras que las últimas reliquias de su imperio se estremecían irremediablemente.

### Notas

<sup>1</sup> Sir Francis Bacon, "Of Vicissitudes of Things", *The Essays*, Penguin/Harmondsworth, 1985, p. 231.

<sup>2</sup> Véase J.R. Hale, "1588 and All That", *The New York Review*, Febrero 16, 1989.

<sup>3</sup> *Philip II of Spain*, Londres, Thames and Houston, 1975.

<sup>4</sup> Norton, 1988.

<sup>5</sup> James Anthony Froude, *The Spanish Story of the Armada and Other Essays*, Longmans, Green and Co., Londres, 1901, p. 102.

<sup>6</sup> En cuanto a esta edición y su presentación hay ciertas rarezas que no se explican. Según los adelantos publicitarios, esta es la primera vez que las memorias de Contreras aparecen en inglés en forma de libro. La verdad es que la traducción bastante tiesa de Catherine Alison Phillips apareció en 1926, bajo la firma de Jonathan Cape en Londres y Alfred A. Knopf en Nueva York. Se dice que el texto de la nueva traducción proviene de una versión decimonónica impresa en el

*Boletino d'Istoria de Madrid*, "del cual hay una copia en el Museo Británico". *Boletino d'Istoria* no es ni siquiera un título español, y las memorias originales las publicó por primera vez Manuel Serrano Sanz en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* en 1900. Se las ha vuelto a reeditar en edición rústica en la Colección Austral (Madrid, Espasa Calpe, 1988) como Alonso Contreras, *Discurso de mi vida*, editada por Henry Ettinghausen.

<sup>7</sup> La exhibición fue acompañada por un catálogo en dos lujosos volúmenes que contienen algunos ensayos excelentes, *Carlos III y la Ilustración*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1988.

Tomado del *New York Review of Books*. Traducción Antonio Saborit.

## La Odisea de Tocqueville

### Julio Bracho

André Jardin, *Alexis de Tocqueville, 1805-1859*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, 444 pp.

**R**ecurrir a la biografía de un autor antes que a sus escritos debería provocar reticencia frente a ese subterfugio que pospone el encuentro con su obra. La biografía que nos presenta André Jardin, sin pretender exponer o menos suplantarse el conocimiento de los textos de Tocqueville ni sus diarios o su correspondencia, más que una interpretación de las vicisitudes es una confrontación con la génesis del sentido de la obra de ese gran pensador. Por su círculo familiar aristocrático, por las condiciones políticas de la Francia de la Res-

tauración o por la naturaleza de las investigaciones que emprende Tocqueville, al rastrear los ambientes y motivos, las reflexiones y los diálogos por los que cobra cuerpo su pensamiento, resulta impresionante ver cómo logra resumirse en su obra la esencia de las interrogantes históricas y políticas primordiales que desde allá vienen a nuestro encuentro. En la ansiedad provocada por los acontecimientos políticos que acorralan a la aristocracia francesa o bajo el impulso de un descubridor del Nuevo Mundo, su mente analítica no deja de comunicarse con el pasado para escudriñar el presente y vislumbrar el futuro; y esto porque la apacible recreación o proyección del pasado, el posible re-

torno a lo mismo quedaba hecho añicos.

La biografía comienza con una genealogía familiar donde sobresale el parentesco de Tocqueville con Chateaubriand y Malesherbes. En rápidos párrafos se describen las desgracias familiares bajo el Terror, y luego se apuntan datos sobre la vida profesional del padre, que después podrían haber influido sobre el hijo: el Conde Hervé Clérel de Tocqueville, al servicio del Estado, escribe un texto sobre la descentralización administrativa.

La fuente privilegiada para delinear muchos aspectos de la vida y de la maduración intelectual de Tocqueville es su correspondencia con los amigos íntimos. Así nos

enteramos cómo Luis de Kergorlay influyó en la formación de ese pensamiento que esclarece hechos complejos para relacionarlos con grandes principios. En otra carta a Gustave de Beaumont escribe: "Es necesario crear en nosotros al hombre político. Para ello debemos estudiar la historia de los hombres y sobre todo de nuestros antecesores inmediatos...". Luego ahí mismo subraya la importancia que las revoluciones tienen para la historia, tanto por el momento en el que se encuentran los pueblos cuando se producen como por el estado en el que quedan después de ellas. Así esboza, a los veinticuatro años, su trayectoria intelectual y política a partir de esa sensibilidad histórica que aparece cuando la tradición aristocrática todavía no acaba de desaparecer y lo novedoso de la democracia todavía no se oculta bajo la luz de los días.

Entre sus maestros se encuentra Guizot, con su historia de la civilización que procura abarcar el conjunto de la existencia social enfocando los desarrollos intelectuales en los hechos, las costumbres, las opiniones, las leyes y las creaciones de la inteligencia; historia que es necesario que descienda hasta el hombre mismo —como apunta Tocqueville en sus notas de clase. Aunque junto con Thiers, de quien aborrecía el género narrativo y amoral de su *Histoire de la Revolution*, Guizot será uno de los principales oponentes políticos de Tocqueville durante su posterior vida pública.

Quizá habría que enfatizar que la influencia de Chateaubriand no es sólo aquella que se da en el seno familiar o por su *Voyage d'Amérique*; si bien la biografía nos hace ver que habrá una cierta discrepancia entre éste y su sobrino político, toda la carrera política, li-

teraria o como historiador de Chateaubriand es una brecha por la que Tocqueville transitará. El *Essai sur les révolutions*, los *Discours historiques sur la chute de l'Empire Romain* o los estudios de la historia de Francia que elabora Chateaubriand, a pesar de que serán ampliamente superados por el genio de Tocqueville, formarán parte de su herencia.

La biografía se ciñe en mucho a las fuentes que atañen directamente al personaje, por lo que no se hace una exposición amplia del ambiente intelectual en el que se formó Tocqueville. Ya a finales de los años veinte, por ejemplo, se conocía en Francia la filosofía de la historia de Hegel; Quinet había publicado la traducción de *Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit* de Herder, y poco después Michelet daría a conocer la *Scienza Nuova* de Vico. Sin embargo, para continuar con este ejemplo, la relación intelectual de Tocqueville con estos dos historiadores contemporáneos, tanto en el sentido del tiempo como en el de las obras, apenas es mencionada.

La revolución francesa de 1830 fue un suceso que marcó una disyuntiva en su vida: a pesar del "afecto hereditario" que sentía por el rey, aprobó su caída por haber violado la ley. Al defender la libertad reglamentada situaba al derecho por encima del rey. En esos momentos, para poder ejercer las funciones de juez suplente, el hecho de prestar juramento a la nueva monarquía le causó una gran angustia y lo llevó a escribir: "Estoy en guerra conmigo mismo, éste es un nuevo estado para mí. Mi voz cambió en el momento en que pronuncié esas tres palabras y sentí que mi corazón latía hasta destrozarse mi pecho".

Si en el medio familiar hubo

tolerancia entre los que juraron y los que no, entre las clases superiores se desencadenó la hostilidad y el vituperio. Tocqueville buscó sustraerse de ese ambiente político y para no caer en la ociosidad de la vida privada quiso "practicar durante algunos años la vida de viajero". Pensó en ir a los Estados Unidos porque, dado el descrédito que la revolución del treinta había hecho caer sobre la improvisada monarquía parlamentaria, el dilema de la revolución republicana volvió a presentarse en Francia. Regresar con una concepción clara de la república norteamericana "lo separaría del populacho" y una publicación cualquiera podría advertir de su existencia al público y volcar sobre él "la atracción de los partidos". El instinto de Tocqueville también muestra la faceta de un noble sin heredad que busca levantarse gracias a una carrera política.

Bajo el pretexto de hacer una investigación de los sistemas penitenciarios, Tocqueville y Beaumont —compañero de estudios y aventuras— emprenden el viaje. En los Estados Unidos toda la sociedad les "parece estar fundada en una clase media" y marchar por sí sola, mientras el gobierno aparenta estar en pañales. A la influencia religiosa, aunque no precisamente la del protestantismo, Tocqueville atribuye la seriedad y la obediencia de las reglas morales. Le asombra el bienestar que ha alcanzado esa "sociedad sin raíces, sin recuerdos, sin prejuicios, sin rutinas, sin ideas comunes, sin carácter nacional". Le molesta la falta de etiqueta en los modales y la ausencia de interés por la literatura y las bellas artes, pues la motivación social por excelencia era la ganancia.

Tocqueville ve en el esclavismo un gran riesgo de fragmentación de los Estados Unidos. Inclusive,

un informante le llega a afirmar que sólo se podría extirpar el mal por medio de una guerra de exterminio. Durante su estancia, un esclavo visionario había sublevado a los negros contra sus amos y hubo una masacre de alrededor de cincuenta blancos. Pero algo que posiblemente le impresionó más, por suceder frente a sus narices, fue la paliza que le propinaron a un negro por meterse en el lugar reservado a los blancos en las carreteras de caballos; sin embargo, lo sorprendente fue que para todos, hasta para el negro, era un simple hecho cotidiano. También Tocqueville observa asombrado el desalojo de una tribu de chactas bajo la aplicación de la *Indian Removal Act*. Con detalles como estos André Jardin va tejiendo las impresiones de Tocqueville sobre la sociedad norteamericana.

Cuando se leen los cuadernos de viaje o inclusive las notas de *La democracia en América* algo que sobresale es la minuciosa investigación de sociología política que desarrolló Tocqueville. Sus múltiples entrevistas son verdaderas encuestas sobre las instituciones políticas y los diferentes aspectos de la vida norteamericana. Esto mismo aparece en la biografía. Apuntalada por múltiples referencias a cartas inéditas o publicadas, a fuentes adyacentes o estudios especializados, la narración que hace Jardin de las relaciones que Tocqueville entabla y de la información que le proporcionan sus diferentes interlocutores permite reconstruir día a día su recorrido.

Para la redacción de *La democracia en América*, aparte de la investigación que realizó directamente, Tocqueville reconoce basarse en tres fuentes: *The Federalist on the Constitution Written in the Year 1788*, de Hamilton, Madison

y Jay; *Commentaries on American Law* de Kent, y los *Commentaries on the Constitution of the United States* de Story. Sin embargo, afirma Jardin, lo esencial se encuentra en sus *Notes de Voyage*.

Conoce a personajes destacados como John Quincy Adams, presidente de 1825 a 1829 e hijo del célebre pensador político de la Independencia norteamericana, o convive con intelectuales como el historiador Jared Sparks, quien le hace ver nada menos que "la importancia del 'punto de partida' para el desarrollo de la sociedad norteamericana". Se entrevista con periodistas, ministros, diputados y juristas, con todo tipo de personajes que no viene al caso enumerar, aunque no deja de ser curioso encontrar nombres encajados en la historia de nuestro país como Poinsett, primer embajador de Estados Unidos en México, y Samuel Houston, aventurero "montado en soberbio garañón", quien cuatro años más tarde derrotará a Santa Anna.

Ya en Francia, como diputado, Tocqueville dirige su carrera política hacia los asuntos exteriores. Su visión de la diplomacia francesa tiene como antecedente preciso el paso de Chateaubriand por la cancillería, quien hace de la intervención francesa en España una cuestión de primera importancia con el objeto de consolidar la futura expansión imperial hacia el Mediterráneo. Antes de que publicara la primera parte de su libro sobre la democracia americana, Tocqueville había escrito un ensayo titulado *Quelques idées sur les raisons qui s'opposent à ce que les Français aient de bonnes colonies*, y, con anterioridad a la segunda parte de aquella obra, escribe otro ensayo titulado *Deux Lettres sur l'Algérie*. En ellos, el defensor de la democracia muestra su pensamien-

to colonialista. Si cuando Tocqueville ve a los franceses canadienses sometidos por Inglaterra, obligados a hablar la lengua imperial y reducidos a los estratos bajos de la sociedad colonial, confiesa que lo peor que puede sufrir un pueblo es ser conquistado, cuando de lo que se trata es de conquistar, su nacionalismo es total: en 1840 la tarea más importante de Francia debe ser dominar Argelia.

Si bien André Jardin señala este aspecto colonialista del pensamiento de Tocqueville, para los lectores que solamente han tenido acceso a la traducción de sus dos obras clásicas, o para los que viven en los "territorios de ultramar", es algo que invita a mayores inquisiciones. Para Tocqueville, se puede afirmar, la concepción de la igualdad política, como sucede bajo los atenienses, es aquella que sólo existe en el seno de la *polis*. A los extranjeros semicivilizados (en donde incluye a las repúblicas de la América española) lo más que se les puede conceder, a la usanza romana, es dejarse someter bajo las leyes del gobierno imperial. Los dos informes sobre la situación de Argelia, hechos primordialmente por Tocqueville para la cámara de diputados y que resumen las investigaciones que hizo durante sus dos viajes a la recientemente conquistada colonia norafricana, fueron presentados el 24 de mayo y el 2 de junio de 1847, son una detallada estrategia para llevar a buen término la colonización de Argelia (aquí habría que corregir la biografía —página 266—, pues en realidad fueron publicados en el *Moniteur* del 6 y del 1 de junio de 1847, respectivamente, y no editados ambos el 24 de mayo; ver la nota de Gustave Beaumont en: Alexis de Tocqueville, *Oeuvres complètes. Etudes économiques, politiques et littéraires*, Paris, Michel

Lévy, 1866, v. IX, p. 513). Ahí se tratan los diversos problemas militares que se enfrentan para dominar a las poblaciones según su forma sedentaria o nómada de vida, sus costumbres políticas democráticas o oligárquicas, para combatir a la guerra de guerrillas o a la de posiciones según se desplieguen. Esos informes, de más de cien páginas en su conjunto, preconizan el estudio de la cultura y la lengua del colonizado para determinar las medidas apropiadas para someterlo y ponen al conquistador al tanto de los problemas de la centralización del poder, de las maneras en que se deben establecer los colonos metropolitanos, de la forma de aplicar las leyes y del trato que se debe dar a los conquistados. Tocqueville sigue las enseñanzas de Maquiavelo para instaurar y representar el poder ante los súbditos, y aboga por la justicia como el medio para hacerlo verdadero. Si hay que "comprimir" a las poblaciones indígenas para dar lugar a la colonización europea, también se les deben comprar sus tierras a los que son desplazados. Pero aun si se tuviera una eficiente subyugación política y un rápido despacho de expedientes administrativos o gubernamentales es, finalmente, el interés económico lo que permitirá que la "colonización se lleve a cabo por sí sola". El capital, el comercio y los salarios harán que las poblaciones encuentren en los beneficios económicos la forma de aceptar la pérdida de la libertad: es aquí donde mejor se ven los rasgos de "modernidad" en el pensamiento colonialista de Tocqueville. El arte de los conquistadores, apunta, sería demasiado fácil si sólo se tratara de la organización de la fuerza militar; el obstáculo permanente y real es la disposición de los indígenas hacia los ocupantes.

El estudio de Tocqueville sobre la colonización no se limita a Argelia, pues además de Canadá y la frontera verde norteamericana, también lo atraen los casos de la India y Nueva Zelandia. Se puede decir que su inclinación hacia la colonización es la contraparte oscura de su interés por la libertad democrática. Esto nos permite apreciar la circunscripción política del pensamiento de Tocqueville. Si era total su repulsión hacia el esclavismo, ¿por qué no se extendía ésta hacia el colonialismo? En el conflicto entre las naciones no creía en relaciones basadas en la abstracción igualitaria que funda el derecho internacional. La fuerza militar no dejaba de prevalecer para zanjar conflictos. Las colonias eran peones en el tablero de la lucha imperial.

Si ve en la educación política un elemento esencial de la democracia, también establece jerarquías en el grado de civilización de los pueblos y, por lo tanto, de posible subordinación de unos a otros. En este sentido, la democracia no es un ideal que desemboque en la comunidad perfecta, que clausure felizmente la Historia: es una institución histórica que se mantiene, en el vaivén de los hombres, gracias a una brega continua por la libertad.

En su célebre discurso del 27 de enero de 1848, Tocqueville predice la eminente revolución: es cuando el espíritu y las costumbres públicas en lugar de expresar las opiniones e ideas comunes tienden a representar únicamente los puntos de vista y el interés por la vida privada; es cuando los electores votan más por intereses locales y ligas personales, más por sus filiações que por una visión desinteresada de las diversas opiniones y del interés general; es cuando el estado se ha otorgado derechos y

prerrogativas cada vez mayores y el principio de la libertad ha dejado de desarrollarse; es cuando al fortalecer al estado se trata de alcanzar un fin honesto sin reparar en la deshonestidad de los medios; es cuando la corrupción se torna el medio para influir en la clase política y la degradación de la vida pública alcanza a la vida privada; es entonces cuando la fuerza moral que gozaba la nación ante el mundo se debilita. Tocqueville pone un ejemplo: el caso de un funcionario que a pesar de que la opinión pública lo consideraba indigno por abuso de influencias se le permite mantenerse en el gobierno.

Durante la efímera república en 1849, gracias a su prestigio intelectual, será ministro de asuntos exteriores por espacio de cinco meses. Pero el 18 brumario de Luis Napoleón lo alejará definitivamente de la política. Con todo y las proposiciones que le hacen para volver a ocupar el cargo, el tener que jurar fidelidad al nuevo déspota lo hace preferir la vida privada a estar de nueva cuenta "en guerra consigo mismo".

El último periodo de su vida estará dedicado a su obra inconclusa *El antiguo régimen y la revolución*. De nueva cuenta, aunque de manera más suscita por desarrollarse a partir de fuentes escritas, la biografía permea el transcurso de la investigación, sus peripecias y desvíos, así como la manera en que el tema de la obra se va definiendo frente a las concepciones de la historia francesa en boga. Para regocijo del final de su vida, la publicación de la primera parte del libro despertó polémicas y admiración.

En el epílogo de la biografía André Jardin distingue a Tocqueville por su sentido de la solidaridad humana, su filantropismo y su "virtud" —como pasión controlada

por el pensamiento y el estilo. Tal vez, si quisiéramos vislumbrar el ámbito de su genio, habría que

buscarlo en la odisea del intelecto que atraviesa los círculos de las pasiones políticas y las lealtades

sociales para ver y juzgar, desde un equilibrio ético, las sociedades y su historia.

## Población y registros parroquiales

Rodrigo Martínez

Cecilia Rabell, *La población novohispana a la luz de los registros parroquiales (Avances y perspectivas de investigación)*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, 1990, 91 pp. (Cuadernos de Investigación 21).

Explica Cecilia Rabell en la Introducción de su trabajo que estudios macrodemográficos como los realizados por Sherburne F. Cook y Woodrow Borah, de la "escuela de Berkeley", permiten a lo sumo esbozar la evolución general de la población de la Nueva España o de regiones más restringidas a lo largo de varios siglos, pero que no pueden aportar explicaciones demográficas de los cambios. Esto se debe a que las fuentes utilizadas para estos estudios no contienen suficiente información sobre sexo, edad, estado civil y grupos étnicos, por lo que no pueden analizar "los componentes demográficos del crecimiento: fecundidad, mortalidad y migración, es decir, (...) la dinámica poblacional" (p. 7). Así se hace necesario recurrir a estudios microdemográficos basados en archivos parroquiales y padrones locales, para los cuales se han desarrollado en Europa, desde la década de 1950, "metodologías de gran rigor" (p. 8). Desde 1970 comenzaron a realizarse estudios

demográficos de parroquias novohispanas. Debido, sin embargo, a la dificultad y el tiempo que estos estudios requieren, las localidades estudiadas durante los años setenta no fueron más de diez: Tula, Acatzingo, Zacatelco, Cholula, San Luis de la Paz (que Cecilia Rabell ha estudiado hace más de quince años), León, Valladolid, Dolores, Marfil y Charcas (cf. pp. 10-11).

Cecilia Rabell refiere que el objetivo inicial del trabajo que comentamos era sintetizar la información contenida en estas monografías, pero que "al revisar los hallazgos surgió la necesidad de hacer una evaluación más profunda de los métodos estadísticos empleados en los diferentes análisis, ya que muchas veces los supuestos implícitos no permitían una comparación de los resultados" (p. 11). El resumen de la información hizo necesario aplicar un solo método, definido críticamente, a los datos de las diferentes monografías. De esta manera, el trabajo de Cecilia Rabell adquirió una doble utilidad, explícita en su título: permite recapitular los avances y las conclusiones generales de los estudios microdemográficos parroquiales, y sienta bases metodológicas para la necesaria y urgente realización de nuevos estudios de este tipo.

El trabajo está dividido en cinco

capítulos. En el primero, sobre "Bautizos, matrimonios y entierros", se reúne la información secular sobre natalidad, fecundidad, nupcialidad y mortalidad. Destaca la comprobación de que durante el siglo XVIII, considerado desde Humboldt como un siglo de auge demográfico, descendió la tasa de crecimiento de los bautizos. Esta llegó a su punto más alto durante la segunda mitad del siglo XVII. Por otro lado, la autora destaca que "la nupcialidad tenía un carácter casi universal, (...) la edad al matrimonio era muy temprana, los periodos de viudez cortos, y las segundas y ulteriores nupcias frecuentes" (pp. 24-25).

El segundo capítulo está dedicado a "Los movimientos estacionales de concepciones, matrimonios y entierros". Las curvas de los movimientos estacionales de las concepciones llegan al punto más bajo en el mes de marzo, "testimonio claro del control religioso", pues "la abstinencia sexual impuesta en la Cuaresma es respetada" (p. 36). En el siglo XVIII, sin embargo, "el calendario litúrgico sigue imponiendo restricciones, aun cuando estas eran menos obedecidas", por lo que se puede suponer "la desaparición gradual del movimiento estacional de las concepciones". Se hace visible "un cambio en las mentalidades determinado por la